

Un buen docente aprende de sus errores y continúa siendo un buen alumno

TOIBERO, Juan C.

Ex docente y ex secretario académico de la Facultad de Bioquímica y Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional del Litoral, Argentina.

Correspondencia: jtoibero@fbc.unl.edu.ar

Palabras clave

trayectorias académicas universitarias

Todo comenzó hace 50 años en la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral. Fue cuando pusieron en mis manos una caja conteniendo tizas y un borrador, y, señalándome un pizarrón, me asignaron un grupo de alumnos de Bioquímica y de Licenciatura en Química que aguardaban en el laboratorio para realizar un trabajo práctico de Físicoquímica. Aunque en esos momentos no lo comprendí plenamente, sentí que estaba iniciando un camino que no tendría retorno.

Para el nuevo docente en el que me había convertido, cada clase era un pequeño desafío enmarcado en un desafío mucho mayor: que una asignatura de Ingeniería Química comenzara a ser una asignatura de Bioquímica; con contenidos e identidad propios, donde las enzimas fueran capaces de catalizar la incorporación de nuevos temas afines al perfil del graduado. Fue así como las membranas, la electroforesis y tantos otros temas comenzaron a formar parte del programa de la materia.

En el año en que Argentina ganó su primer mundial de fútbol, ingresé a la Cátedra de Química Orgánica II. Allí también era necesaria la inclusión de contenidos específicos, por eso, los hidratos de carbono, los lípidos, las proteínas, los ácidos nucleicos, las vitaminas, los alcaloides y los antibióticos, entre otros compuestos de interés biológico, comenzaron a ocupar espacios más destacados en el temario de la asignatura.

De aquella época no puedo dejar de recordar que los trabajos prácticos se realizaban en mesadas que habían formado parte de la cocina del comedor universitario. Mientras tanto, algunas asignaturas de la carrera de Bioquímica comenzaron a dictarse en el

Cita sugerida

Toibero, J. C. (2023). Un buen docente aprende de sus errores y continúa siendo un buen alumno. *Aula Universitaria* n°24. e0036, pp. 24–26. DOI: <https://doi.org/10.14409/au.2023.24.e0036>

Licencia

Publicación de acceso abierto bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



nuevo edificio que se estaba construyendo en El Pozo, donde se disponía de nuevas aulas, nuevos laboratorios y nuevos espacios para las cátedras. Todo era nuevo, pero a todo había que incorporarle contenido.

En esa época, la tiza y el pizarrón eran prácticamente las únicas herramientas didácticas, por eso la forma de las estructuras moleculares dependía fundamentalmente de la habilidad del docente para dibujarlas. Por otra parte la tendencia entonces vigente inducía a la incorporación de la mayor cantidad de temas que resultara posible, por lo que las cargas horarias de muchas asignaturas eran elevadísimas, pero aún así, siempre insuficientes.

Respecto de este tema, quisiera compartir una anécdota. Cuando aún era ayudante de cátedra, un profesor me dijo que en mi vida docente recorrería una parábola. Al principio trataría de incluir cada vez más contenidos, luego los profundizaría, y cuando hubiese llegado a dominarlos, me daría cuenta de que no era imprescindible enseñarlos a todos, que había que jerarquizarlos y seleccionarlos, para luego transmitir a los alumnos lo que considerara esencial. Y así fue. Aunque no me lo propuse conscientemente, recorrí toda esa trayectoria, y, después, pude apreciar que, como consecuencia de los excesos cometidos, era necesario reformular los extensos programas y, sobre todo, disminuir cargas horarias, ya que, con el advenimiento de las nuevas tecnologías que llegaron fundamentalmente de la mano de internet, gran parte de la información que se podía suministrar en una clase estaba disponible para todos, y de manera instantánea.

Esa mezcla de situaciones y circunstancias también me llevó a tomar conciencia de que pocos temas fundamentales bien aprendidos eran suficientes para lograr el aprendizaje de muchos más, y que, por lo tanto, allí estaba lo esencial. Quien había comprendido cómo se relacionaban los átomos, no tendría grandes dificultades con las moléculas. Quien comprendiera el núcleo de un tema, podría extrapolarlo a otras situaciones que, generalmente, pasaban a ser sólo ejemplos de un mismo concepto.

Estas ideas parecen muy básicas, muy elementales, pero no debemos perder de vista que quienes dábamos las clases éramos fundamentalmente autodidactas. Llegaría luego el momento en que los pedagogos se incorporarían a la docencia universitaria. Era el momento de ablandar las ciencias duras sin que éstas perdieran su esencia. Los pedagogos debieron dar muchísimas batallas para que sólo una minoría los reconociera y aceptara.

Aquella era la época de las correlatividades duras, donde quien no aprobaba, no podía seguir cursando, era la época en la que había llegado el momento de normalizar la vida universitaria, donde todos los estamentos comenzaron a ejercer democráticamente sus derechos de elegir y ser elegidos, y era también la época en la que alcanzaban los dedos de una mano para contar a los que realizaban investigaciones en la Facultad; porque, me parece importante recordarlo, en aquella época ser docente no implicaba otra cosa que dar clases, muchas clases.

Era también la época en la que el posgrado casi no formaba parte de los intereses académicos, y en la que, además, la dicotomía entre docencia e investigación, generaba no pocas discusiones. Uno de los grandes desafíos de entonces era facilitar el desarrollo de las investigaciones sin menoscabar la actividad docente que se estaba llevando a cabo, y, sobre todo, lograr la armonización de las tareas en las cátedras, porque el

posgrado y las publicaciones científicas habían atraído el interés de muchos, lo que provocó que otros consideraran que la docencia de grado sería la gran perjudicada.

Asumir que la docencia y la investigación son complementarias, y que de ninguna manera se excluyen mutuamente, ha llevado mucho tiempo y aún no sé si esas tensiones ya han alcanzado el equilibrio deseable.

Dar las clases sólo para cumplir, no atender las consultas, menospreciar a los que tienen dificultades para aprender determinados temas, ignorar los distintos tiempos de aprendizaje, creer que toda la responsabilidad en la adquisición de conocimientos es del alumno, y que el docente no debe preocuparse por el modo de enseñar, son tentaciones que pueden desvirtuar las mejores intenciones de cualquiera que se dedica a la docencia. Por eso creo que es imprescindible, para ir mejorando en el ejercicio de esta actividad, tratar de ser empático con lo que están viviendo los alumnos, preguntándoles sobre sus intereses y preocupaciones y preguntándose sobre el impacto que tiene lo que se está enseñando.

Finalmente, quisiera expresar mi agradecimiento a los docentes que, al compartir conmigo sus experiencias, me mostraron cuáles eran los caminos a transitar y cuáles los que convenía evitar; a tantos alumnos que muchas veces sin proponérselo, al formular una pregunta en las clases me estimularon a buscar nuevas maneras de enseñar, y, de ese modo, ellos se transformaron en mis docentes; a los compañeros de cátedra y de gestión que me enriquecieron con su amistad y sus aportes, y a toda la comunidad de la FCB-UNL que me cobijó durante tantos años.

